**PARA ALCANZAR AMOR**

Virginia Raquel Azcuy

Una encuesta sobre las creencias en nuestro país indica que cada vez hay más habitantes que dicen “creer sin pertenecer”, es decir, como “cuentapropistas” de la fe y la religión. Otros estudios semejantes de la región señalan que crece la búsqueda de espiritualidad y disminuye la práctica religiosa. También existen observaciones durante la pandemia que sostienen la permanencia de las creencias y las prácticas de culto –volcadas al modo virtual a causa del aislamiento social–. Se registra asimismo el aumento de algunas prácticas como la contemplación y la meditación, entre otras. El evangelio de este domingo nos brinda la posibilidad de incursionar sobre la fe en Jesús.

La lectura de Jn 3,14-21 presenta una riqueza teológica excepcional que está vinculada al misterio de Cristo y la fe en él. La sección del capítulo 3 que leemos (vv.14-21) se ubica como parte de un monólogo o discurso en labios de Jesús (3,11-21) precedido por un diálogo entre Jesús y Nicodemo (3,1-10). La figura de Nicodemo, un judío que algo sabe (3,2), pero no termina de entender el nuevo orden que propone Jesús (3,3ss). La conversación gira en torno al nacimiento espiritual y está señalizada con las fórmulas “renacer de lo alto” (3,3) y “nacer del agua y del Espíritu” (3,5). Nicodemo se mueve en un plano literal: “volver al seno materno” (3,4), mientras Jesús habla en un plano simbólico y trata de llevar a su interlocutor al plano de la fe. La historia de Nicodemo nos ubica ante nuestro propio itinerario espiritual y nuestras dificultades en el creer.

En cuanto al discurso de Jesús –en el cual ya nada se dice sobre Nicodemo–, se trata de un desarrollo cristológico que apunta a esclarecer el misterio de la persona del Hijo y la fe en Él. La sección 14-21 contiene diversos elementos de interés: la imagen de Jesús “levantado en alto” (3,14), como la serpiente en el desierto, en alusión a la cruz; el amor de Dios al mundo “que dio a su Hijo único” (ὥστε τὸν υἱὸν τὸν μονογενῆ ἔδωκεν, 3,16), que resalta la relación Padre-Hijo; la explicación sobre la misión del Hijo, enviado no para juzgar, sino para salvar (3,17) y el juicio obrado por la fe –no por el Hijo–, porque la salvación depende de creer o no creer y de las obras (3,19-21). El mensaje de este discurso se podría resumir así: es necesario que Cristo sea levantado en la cruz, para que creamos y tengamos vida (Jn 3,14-15); el acceso a la vida eterna –en los Sinópticos, el reino de Dios– se da por medio de la fe en Él. En el encuentro de Jesús con Nicodemo, esta fe se muestra como un camino de asentimiento a las mociones del Espíritu (3,8). Las dificultades de este judío para creer contrastan con los progresos de la mujer samaritana, en el capítulo siguiente, que avanza en su comprensión sobre Jesús. ¿Qué pistas nos ofrece este evangelio para meditar sobre nuestra vida de fe en este tiempo?, ¿qué nos ofrece la fe en Jesús?, ¿necesitamos reorientar nuestra fe?

Con Nicodemo, podemos entrar en el diálogo con Jesús y preguntarnos cómo renacer de lo alto, en qué necesitamos volver a nacer y ser renovados/as, qué impulsos recibimos del soplo de la Ruaj para superar dificultades y profundizar en el camino de la fe. A partir del discurso en labios de Jesús, nos detenemos en la contemplación de la cruz, símbolo del amor de Dios (Jn 3,16) y del mayor amor de su Hijo (13,1). En definitiva, este evangelio nos ofrece una contemplación para alcanzar amor: mirando el amor de Dios y de Jesús, llegamos a comprender que el camino de la fe es un itinerario de entrega de sí, en libertad, que apunta a Dios y a los demás al mismo tiempo. La fe es un don y una elección para alcanzar amor o, mejor dicho, para ser alcanzados/as por Aquel que nos ama.

<https://www.facebook.com/profile.php?id=1275798488>